

dura.

Hablo del matadero, lugar de cotilleos y chismorreos entre hombres, por comparar, los unos con los otros, quienes habían engordado y cuidado mejor a sus cerdos y quienes, presumiendo de poderío, los habían dejado en los huesos. Parecía mentira, pero allá se juntaban, todas las mañanas, los pobres y los ricos, a comparar, puesto que en aquellos tiempos en los que la miseria, el hambre y la necesidad dominaban España, todos queríamos estar por encima del vecino, por muy amigos que después fuésemos. Mal comparado, era como decir a quien mucho presumía:

- Este año lo vas a pasar mal, que tu cochino tiene pocas chichas.

El matachín, en esas ocasiones, era como el cura en el confesionario. Ver, oír y callar.

Al servicio del matadero municipal había un hombre encargado de ponerlo al día y tener el agua caliente permanentemente, era Hipólito, hombre de gran altura y que murió a muy avanzada edad, próximo a cumplir los cien años en la residencia de ancianos, a pesar de que tuvo una vida difícil y anduvo, en tiempos de la guerra, de un lugar a otro. Cuando entró a trabajar en el Ayuntamiento, para estos y otros menesteres, cobraba una pequeña pensión como mutilado de guerra.

Al término de cualquier día de matanza, antes de que Hipólito cerrase las puertas del matadero, de los ganchos quedaban colgando no menos de una docena de cerdos, al oreo, para que al día siguiente, con las carnes recias y tersas, los propietarios se los llevasen a sus casas y nosotros acudiésemos a descuartarlos, a conveniencia de los propietarios, puesto que un día matábamos y al otro descuartábamos. Ocasiones hubo en las que, en aquellos duros y largos inviernos, al ir a recoger los cerdos, los encontraron tersos y fríos cual témpano de hielo, pues la temperatura había descendido a tales extremos que los había, poco menos, que congelado.

Lo malo del asunto era que, después de realizado el trabajo, algunas de las personas no tenían siquiera los diez o doce reales que por entonces cobraba mi padre por realizar aquel trabajo en el que, como en todos, había que tener a punto el material, puesto que de un año a otro había que renovarlo. Los cuchillos, como los ganchos y cuanto necesitaba para la labor, se lo confeccionaban en el mismo pueblo, en una de las tantas fraguas de las que Atienza disponía, la del "Bomba", en la calle Real, hombre que se las pintaba solo para darle a los cuchillos el temple justo, puesto que eran demasiados los que se utilizaban, uno para sangrar, otro para abrir, otros para ir descuartar...

En el matadero siempre nos ayudaba el empleado municipal, Hipólito San Clemente. Mi padre dejó el oficio por los años setenta, yo cinco o seis años después.

Foto 1. Tomás Gismera Galán, e Hipólito San Clemente.

Foto 2. Bernabé Gismera San Clemente. (Fotos: T. Gismera Velasco)

